

(en la Iglesia, Cuerpo de Cristo) y la fe. El texto se lee de corrido, pues no tiene notas bibliográficas ni bibliografía final, aunque sí muchos textos paulinos y muchas referencias internas a textos bíblicos, sobre todo del apóstol. Pero para entenderlo bien no se puede leer deprisa: hay que reposar los párrafos y las frases que los guían. Al final de la lectura, uno puede decir de verdad: ahora entiendo mejor a San Pablo.

Dentro de la comprensión de estos contenidos, resulta fundamental el capítulo inicial titulado «Prolegómenos» (pp. IX-XXV) donde se proponen los principios que han guiado la composición del libro. Schlier recoge ahí la necesidad de renovación de la teología experimentada en la segunda parte del siglo XX, cuando la teología neo-escolástica no parecía ya capaz de responder a las preguntas que le formula el mundo. Apunta el intento de renovación propuesto por autores como K. Rahner y propone otro, el suyo. Afirma, desde una hermenéutica abierta a la metafísica, que efectivamente toda teología parte necesariamente del hoy del teólogo o del creyente, de las preguntas que se formula desde su precomprensión. Pero debe encontrar sus respuestas en la palabra de Dios. Ahora bien, la Escritura propone respuestas históricas, circunstanciales y no en forma teoló-

gica, sino de kérigma, exhortación, parénesis, etc. Precisamente esa forma histórica hace que la Escritura pueda ser como el alma de la teología, porque no puede ser reducida a la teología y mucho menos a la teología de quien las lee. De ahí la palabra que preside el título de la obra: Fundamentos, cimientos. La expresión parece sinónima a la que proponía Husserl del «mundo del ser» y que autores como Gadamer o Ricoeur han desarrollado como «mundo de la obra» o «mundo del texto». De la misma manera que tenemos una concepción, un mundo –que conocemos con mayor o menor precisión– de lo que denominamos Helenismo, Schlier propone ese mapa mental y vital de San Pablo; en definitiva, el contexto teológico –ideológico, si se quiere expresar de modo secular– donde se entiende cada uno de sus escritos.

Con estas notas me parece que se percibe el valor de la obra: sirve como consulta imprescindible para leer un texto de San Pablo y sirve también como vocabulario teológico para entender la doctrina propuesta de San Pablo. En ambos casos, respeta la identidad de la Escritura como Palabra de Dios en la Iglesia, asequible pero no reducible a nuestras palabras.

Vicente BALAGUER

Christophe BOUREUX, *Le piante della Bibbia e la loro simbologia*, Brescia: Queriniana, 2017, 179 pp., 13 x 19,5, ISBN 978-88-399-3174-0.

En la Biblia, las plantas son a menudo punto de partida de una metáfora (por ejemplo, en Mt 13,31: «el Reino de los Cielos es como un grano de mostaza»), en función de la relación del hombre creyente con Dios. En este libro, Christophe Boureux, dominico, doctor en Teología y en Antropología religiosa, docente en la Facultad de Teología del Instituto Católico

de Lyon, nos ofrece como una guía espiritual a través de un recorrido por los frutos de la tierra más significativos que aparecen en la Biblia, con su significado simbólico y su contexto cultural. Las plantas son las compañeras del hombre que se busca a sí mismo buscando a su Dios. Su relevancia se pone de manifiesto ya desde los primeros compases del relato bíblico, el cual apa-

rece enmarcado por la imagen de un Paraíso –un parque– perdido y esperado al final de los tiempos. Boureux aborda el tema, además, con los conocimientos y la experiencia del que está encargado del cuidado de las setenta hectáreas que rodean el convento en el que vive, Sainte Marie de la Tourette, cercano a Lyon. El autor ha publicado también con la Editorial Querinianna el libro *Dio è anche giardiniere. La Creazione come ecologia compiuta* (2016).

Un paso previo para tratar de las plantas en la Biblia es intentar identificarlas. Las que presenta el libro lo han sido gracias al consenso de los especialistas. En todo caso, el autor insiste en que no ha pretendido hacer un libro de botánica, lo cual hubiera exigido una aproximación diversa. La botánica, en todo caso, siguiendo su propia metodología, ha ayudado a identificar plantas que incluso se nombran de una forma genérica (por ejemplo, las hierbas amargas de Ex 12,8, o las hierbas del campo de Mt 6,30). El libro de Boureux no mira a la Biblia como si ésta perteneciese a nuestra «mentalidad científica», sino como perteneciente a una mentalidad simbólica. Allá donde la primera separa, distingue y clasifica, la segunda une y, en un cierto momento, confunde. La aproximación simbólica no trata, por tanto, de examinar minuciosamente el texto bíblico sino de, partiendo del texto bíblico mismo, describir el sentido que emana de él, para dejar que se despliegue en nosotros y ante nosotros (p. 12). En todo caso, esta aproximación al texto bíblico necesita de conocimientos geográficos, históricos, científicos, de lenguas, etc. Y es aquí donde se necesita también de la botánica.

Una de las cuestiones a tener en cuenta es que nuestra taxonomía, cuyo origen está en el siglo XVIII, no se corresponde con los nombres que en la Biblia se da a las plantas. Así, la Biblia las nombra por un término, mientras que la nomenclatura moderna necesita de dos, uno para el género y otro para la especie. Por ejemplo, el

higo bíblico es, para el botánico actual, el *ficus carica*. Así, el primer obstáculo que debe superar Boureux es el de la nomenclatura bíblica. Además, muchas plantas han sido introducidas en Palestina después de la época bíblica, por lo que la flora actual del Medio Oriente no es, a menudo, de ayuda para identificar las de entonces (se cita como ejemplo la *gleditsia triacanthos*, que tiene largas espinas afiladas, parecidas a las representadas por los pintores cuando dibujan los instrumentos de la Pasión del Señor, pero que no crecía por entonces en Jerusalén).

Otra idea interesante a tener en cuenta es que los significados simbólicos de las plantas no tienen un origen puramente empírico, nacidos de su contemplación en la naturaleza. El uso y las propiedades de las plantas generan un significado: pertenecen a una cultura que relaciona entre ellas sus significados, tienen un significado porque entran en una cultura que crea significado creando lazos entre plantas y situaciones, las cuales remiten a otras plantas y a otras situaciones. Se habla entonces de «figura literaria». Por ejemplo, la hierba verde sobre la que Jesús hace sentar a la multitud antes de la multiplicación de los panes (cfr. Jn 6,10) es una figura. Lo que importa no es saber de qué hierba se trata, sino entender la alusión, que remite al Salmo 23,2: «El Señor es mi pastor (...) en verdes prados me hace reposar». Del mismo modo, cuando se habla del hisopo, lo decisivo es la connotación sacral de purificación. Para entender las plantas de la Biblia es necesario dejarse orientar por las figuras literarias en las que aparecen. De hecho, no es la planta misma la que induce su significado, sino el modo en el que es usada por diversas culturas, esto es, en su sabiduría práctica. El junco, por ejemplo, no tiene un significado en sí, sino que reagrupa en sí un manojo de significados culturales y religiosos pertinente a muchas mentalidades cercanas las unas a las otras.

En el caso de Israel, las culturas a tener en cuenta son la egipcia, la mesopotámica y la griega.

A lo dicho hasta aquí debe sumarse el carácter específico de la Biblia, la cual considera y orienta todo en función de la relación del hombre creyente con Dios. Esta identidad toma forma en la singularidad con la que recolocan los elementos de su cultura y en su sabiduría en el ámbito de la relación con Dios. Así, la Biblia «se dice», entre otras formas, a través de las plantas, y lo que dice de las plantas lo dice de un modo bíblico.

El libro contiene cincuenta entradas, siendo la primera la acacia (*acacia raddiana*)

y la última la vid (*vitis vinifera*). Al final se añade, también, un índice de los nombres latinos de las plantas citadas. De cada planta se aporta algún texto bíblico representativo en el que aparece y se hace una breve explicación de su simbología, según los criterios explicitados. Se añaden, además, algunas representaciones pictóricas que no pretenden ilustrar al estilo moderno las plantas sino ayudar a comprender mejor la simbología bíblica. Se trata, por tanto, de una interesante obra, dirigida al público general, que ciertamente ayuda a comprender con más profundidad el texto bíblico.

Juan Luis Caballero

Juan-José MARCOS GARCÍA, *Manual ilustrado de paleografía griega*, Madrid: Dykinson, 2016, 558 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9148-007-5.

En unos tiempos en los que la enseñanza de las lenguas clásicas está cada vez más ausente de las aulas, el presente manual se presenta como una obra notable y atrevida. El mismo autor se confiesa no especialista en la materia, aunque evidentemente su trabajo profesional, «por obligación y por devoción», le capacita para ofrecer este excelente instrumento de trabajo, especialmente bienvenido para los que nos dedicamos, de un modo u otro, al estudio de textos antiguos en griego, no sólo por su contenido sino también desde la perspectiva de la crítica textual y de la paleografía y la codicología.

La bibliografía consultada para la elaboración de este manual, entre la que aparecen los trabajos de grandes expertos como Canart, Cavallo, Devreesse, Follieri o Turner, entre otros, deja ver que no son pocos los estudiosos sobre la materia fuera de las fronteras españolas y, al mismo tiempo, corrobora la opinión de que ésta es una

gran olvidada en nuestro país. Por eso, es especialmente de agradecer que, en la línea de los tratados clásicos sobre el tema, el autor ofrezca, de una manera didáctica y con abundantes ilustraciones, un valioso texto en nuestro idioma, útil tanto para estudiantes universitarios como para investigadores y profesores de educación media y superior. El autor ha dedicado también parte de sus estudios al análisis e incluso diseño de fuentes informáticas que reproduzcan las más comunes tipologías del griego. Este manual se sitúa en continuidad con dicho trabajo.

El libro consta de doce capítulos. Los seis primeros (pp. 17-145) podrían ser considerados «introductorios», desde el punto de vista de que afrontan cuestiones que servirán después para contextualizar y entender mejor el cuerpo de la materia propiamente paleográfica, que se encuentra en los capítulos VII, VIII y IX (pp. 147-519). Esos primeros seis capítulos tratan estos temas: